

minúsculas

Fotografías: Fernell Franco. Serie *Bicicletas*, década de los ochenta

¿Y si no hay nada?

Andrés García Londoño

Hagamos un ejercicio: Aceptemos lo que nos dice nuestra razón y digamos que no hay nada. Neguemos esa vocecita que algunos llaman fe y otros esperanza, y digamos que cuando morimos, realmente morimos. Que no hay nada más allá, que la muerte es el fin. Realmente el fin. Que lo que no digamos o no hagamos en esta vida, se va a quedar sin decir y sin hacer, por siempre jamás. Que a quienes amamos y partieron no volveremos a verlos, y que aquellos que hicieron el mal y salieron indemnes al hacerlo no tendrán castigo después. Acepte-

mos, en fin, que la vida es todo lo que tenemos.

Sin duda no es tan difícil aceptar eso para el hombre contemporáneo como lo fue para cualquiera en el pasado. La ciencia nos ha mostrado un Universo trillones de veces mayor al que soñó cualquier hombre de la Antigüedad, tan grande que la idea misma del antropocentrismo se vuelve risible. Por otra parte, la suma de argumentos acumulados en los últimos dos siglos que permiten creer en la posibilidad de un Universo huérfano de Dios es prodigiosa. El mismo Darwin tuvo tal crisis de fe que casi le impidió publicar su teoría sobre la evolución de la vida. Era consciente de que con su teoría Dios se volvía un elemento prescindible en la creación de los seres humanos, aunque sin duda no en los corazones de muchos

de ellos. Darwin dudó mucho antes de aceptar tamaña responsabilidad. Y si publicó su teoría al final, fue quizá simplemente porque ya no pudo negar más ante sí mismo la magnitud de ese colosal proceso de tiempo, física y química que había entrevisto con su imaginación, gracias a los datos, los experimentos y las lecturas.

Hoy sabemos que la evolución es cierta. Que somos el resultado de una suma de ensayos y errores acumulados por más de cuatro mil millones de años, desde que un conjunto de moléculas orgánicas se unieron en el mar primigenio de una forma que les permitió desarrollar una capacidad nunca antes vista: hacer copias del organismo en que se habían unido. De allí en adelante, esas copias se multiplicaron y más tarde compitieron

por el alimento. Y al competir, se especializaron y desarrollaron capacidades singulares. Algunas volaron, otras reptaron, se alimentaron del sol o de otros seres, se cubrieron de veneno o desarrollaron órganos para inyectarlo.

Lo que no sabemos es si detrás de todo ese proceso hay o no una voluntad superior, un Dios que dirige los caminos. Y no lo sabemos porque aunque la teoría de la evolución no niega esa voluntad expresamente, ésta se vuelve prescindible; con el tiempo suficiente (y hablamos de miles de millones de años) no es necesario tener un diseñador detrás del proceso, pues la vida se corrige a sí misma durante la competencia. De hecho, si Dios existe, debe de distar de ser omnisciente y ser más bien como cualquier científico que dirige un experimento en el laboratorio –la otra posibilidad es que sea simplemente cruel–, pues la suma de errores acumulados en la carrera de la evolución es enorme y con frecuencia generaron horribles dolores para quienes los padecieron. Para todos aquellos que fueron descartados en el camino como experimentos frustrados.

El asunto que viene al cuento, en todo caso, es que hoy es posible como nunca antes imaginar un funcionamiento

del Universo sin Dios. Y dado que todas las teorías de la vida más allá de la vida están ligadas a la existencia de un ser así, o al menos a la idea de una Conciencia o Propósito cósmico, esto significaría que los más de veinte mil millones de seres humanos que nos precedieron, muertos están y muertos se quedarán. Tal como un día nosotros moriremos y muertos permaneceremos. La única posibilidad de volver a vivir que nos abre la Ciencia es sólo una hipótesis: la teoría de la contracción del universo implica la posibilidad de que cuando el universo alcance su tamaño máximo y luego se contraiga, quizá volvamos a experimentar la vida corriendo hacia atrás. Pero incluso en esa posibilidad, muy en entredicho teóricamente hablando, sólo tendremos una vida: ésta que hoy vivimos. Simplemente que la viviremos una vez hacia adelante y otra hacia atrás; la segunda vez, desde la vejez hasta el orgasmo ajeno en que fuimos concebidos.

Una sola vida. Eso nos devuelve al punto donde ya estamos, pues una sola vida es lo que sabemos que tenemos en concreto; lo otro, incluso para el más firme de los creyentes, es sólo una hipótesis. Pero una hipótesis que lleva a posponer muchas cosas. A dejar para después todo lo realmente importante y centrarse

simplemente en sobrevivir hasta que llegue el ajuste de cuentas. Como si se tratara simplemente de trabajar todo el día y luego, en la noche, abrir la caja y comenzar a disfrutar... El problema es que quizá no existamos ya en la noche. Así que si queremos justicia, ¿por qué no buscarla en esta vida? Si queremos la realización, ¿por qué no buscar la máxima que podamos alcanzar durante nuestra existencia?

La existencia de Dios, socialmente hablando, ha tenido múltiples aplicaciones. Primero, como control social (“¡Pórtate bien o, incluso si no te descubrimos, serás castigado después!”). Segundo, para dar sustento al poder de los reyes y una explicación a las injusticias del nacimiento (esto es, que el hijo de un noble o de un hombre rico nazca con el pan asegurado de por vida, mientras que a un par de kilómetros nacerá otro que vivirá toda su existencia malnutrido, sin importar cuánto se parta el lomo). Y tercero, como catarsis individual que al sumarse se hace colectiva: lo que no consigamos en esta vida, lo tendremos en la otra. Pero eso es tan injusto con Dios mismo, al poner sobre sus hombros la responsabilidad de enderezar lo que nosotros no podemos o no queremos cambiar, que incluso si existe, lo mejor sería olvidarlo, o recordarlo sólo

Rector
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general
Martiniano Jaime Contreras
Secretario general
Luquegi Gil Neira

Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Lina María Ruíz Guzmán
Diseñadora:
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:
Eugenia Álvarez Sanchez
Corrector:
Andrés García Londoño

Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria,
Luz María Restrepo, Alonso Sepúlveda,
Nora Eugenia Restrepo.

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
http://oceanodigital.oceano.com/
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.



REVISTA
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

ISSN:0120-2367

para darle las gracias. Y además tiene un enorme inconveniente para la sociedad: estimula la pereza y el temor al cambio. Nos hace lo que por mucho tiempo fuimos y aún seguimos siendo de un modo u otro: una civilización regida por la inercia; temerosa de cambios de rumbo hacia mejores futuros.

¿Cómo sería una sociedad que creyera en la muerte como algo definitivo? ¿Sería una sociedad hedonista o una sociedad depresiva? ¿Una sociedad cruel o una sociedad generosa? Personalmente, me inclino a creer que sería una sociedad proactiva, que no dejaría para mañana lo que pueda hacer hoy. Una sociedad que ya habría ido a las estrellas, pues nos habríamos ahorrado mil años de oscurantismo, al no empeñarnos más en ver el mundo con los ojos ciegos de la fe. Y probablemente incluso más justa, pues al saber que nuestros hijos son lo único que quedará de nosotros, los defenderíamos a capa y espada, sin creer que hay justificación para el atropello de un hombre sobre otro, o pensar que el dolor que sufrimos es una prueba que debemos padecer.

Al aceptar, realmente aceptar, que la muerte puede ser algo definitivo, quizá la primera sensación sea el mareo del vacío. La sensación de incommensurable pequeñez. Pero luego lo real, la grandeza del cosmos y de la maravilla que el tiempo y el espacio han encarnado en nosotros, surge en toda su potencia, nos llena los ojos y al llenarlos nos engrandece a nosotros mismos. Es entonces cuando surge la gran paradoja: si no hay nada después de esta vida, todo se vuelve posible en ésta.

agarlon@hotmail.com



Uimahalli*

Paloma Pérez Sastre

*No la materialidad de la belleza,
ni siquiera el cuerpo de la belleza,
sino un esplendor,
el calor y la llama viva de una vida
individual
que se materializaba en contornos
que una podía tocar: ¡un cuerpo!*

D. H. Lawrence

Puerta número 21b, calle Yrjönkatu, centro de Helsinki: la primera piscina pública construida en Finlandia. Inaugurada en 1928, es un ejemplo admirable de *art déco*. Por décadas fue la única piscina pública interior en Finlandia, y desde 1967 pertenece a la administración de la ciudad. Presta sus servicios alternadamente a hombres y a mujeres, y la gente se baña desnuda; el vestido de baño vino a permitirse en septiembre de 2001, pero pocos hacen uso de la licencia. Ese precioso lugar iluminado por grandes lámparas de los años veinte fue el escenario de mi primera experiencia nudista.

Los baldosines turquesa enmarcaban la blanca desnudez de las mujeres que caminaban bajo los arcos del edificio. Entre tímida y expectante, mi mayor dificultad consistió en decidir con qué piel disfrutar la provocativa tibieza del agua. No podía esperarse que me moviera con naturalidad sin un textil encima. Mi dilema era el de una mujer de provincia, educada por monjas católicas en la asociación cuerpo-peccado, y en una región donde en los años cuarenta, Débora Arango, la artista emblemática, fue amenazada con la excomunión por pintar una modelo desnuda. Recriminándome la cobardía, opté por la disculpa de estrenar la prenda deportiva que había comprado para el viaje.

Nadie habría reparado en mí, de no haber sido por mi desobediencia a la hora de utilizar el carril para nadar; diferencia de costumbres que corregí pronto, para mimetizarme en medio de la rítmica cadencia de las demás bañistas. Lo que experimenté allí fue una visión positiva del cuerpo: mujeres libres, en pleno uso de sus derechos; protagonistas unas, y herederas otras, de la revolución sexual originada precisamente en los países nórdicos. Esos cuerpos cuidados con esmero y, con todo, carentes de artificios, me recordaron por contraste la epidemia local de cirugías plásticas, fruto de la necesidad imperiosa de las colombianas por borrar los rasgos raciales mestizos y parecerse a un ideal ajeno de hembra joven, rubia, tetona y delgada. Esfuerzos patéticos que, en muchos casos, terminan por deformar en lugar de “corregir”.

Como la piscina es sólo un componente del complejo del baño finlandés, después de nadar me esperaba el sauna, en cuya entrada decía: *No clothes*. Hasta ahí llegó mi atávica resistencia; sin embargo, más que despojarme de mis ropas, la experiencia que dejó en mí la impresión más fuerte fue el hecho de observar, por primera vez, la desnudez de las mujeres viejas.

En nuestra cultura católica, mientras el cuerpo desnudo masculino es signo de santidad, martirio y abandono de lo mundano; mientras la mujer desnuda, objeto artístico y erótico, representa el ideal de la amada, la imagen de la vieja desnuda es un tabú, un significativo diabólico vinculado a lo negativo, inestable y evocador de los aspectos más siniestros de lo dionisiaco. Pero no eran aquellas las temidas brujas, enjutas y de largos senos vacíos, sino mujeres corrientes de cuerpos simplemente cicatrizados por la

vida y tatuados por la historia; ni deformes ni grotescos. La abuela que acababa de ser operada de un cáncer de seno, sentada con naturalidad al lado de la joven recién parida. Mujeres todas ellas dueñas de una feminidad optimista y gozosa. Ni obscenidad, ni transgresión, ni pecado.

Sauna significa baño; es la palabra más difundida en el mundo de ese idioma suave como sus gentes, del que distinguí como primer rasgo la presencia frecuente de diéresis y letras repetidas. Un millón y medio de saunas en un país de cinco millones de habitantes. Desde el siglo V, es el espacio purificador nacional. En esos pequeños espacios se hacían rituales con magias y hierbas, regidos por mujeres; allí se daba a luz y se preparaban los cuerpos de los muertos. Ahora significa lugar de reunión y ablución semanal, en el que se intercala la estancia bajo el vapor caliente con duchas de agua helada; y en el campo, con inmersiones en lagos, a veces congelados.

El sauna es el lugar para apropiarse de la fuerza invisible del agua; allí la dialéctica del agua y el fuego impregna, limpia, cura y regenera los cuerpos y los espíritus. Los druidas afirmaban que al final del mundo reinarán solos el agua y el fuego. Rico es el simbolismo de lo que sucede en el recinto de madera. Cerca de los manantiales y los pozos tenían lugar los encuentros esenciales; los cultos se concentraban cerca de ellos. En el útero se conjugan agua y calor. El calor hace madurar biológica y espiritualmente, y exponerse a él significa obtener el fuego interior. Si se tiene en cuenta que el agua helada es estancamiento, la alternancia calor y frío, propia de este ritual de baño, significa movimiento y renovación.

Se trababa de estar allí, de respirar el vapor que emanaba de

las piedras cuando una de aquellas mujeres, con gesto amable, tomaba el cucharón de un cubo de madera blanca para echar agua sobre las piedras ardientes. El calor húmedo no fue lo único que tocó mi piel cuando entré en aquel espacio de tenue iluminación, cuya intimidad y recogimiento recuerda un templo. La visión de la desnudez anciana había activado y puesto en tensión dentro de mí dos temores pertinentes: el miedo a la desnudez y el miedo a la vejez; pero el agua es medio y lugar de revelación, y la fuerza interna que se resistía cedió: la vejez temida y postergada también se hizo mía y de todas aquellas mujeres que, gracias al poder del placer, nos convertíamos en un solo cuerpo social y colectivo, como en la antigüedad.

El tiempo suspendido gracias al ritual, movía fibras desconocidas del alma. Diluidas quedaban en la historia la primacía de la razón y el desprecio por el cuerpo cartesiano, tanto como su opuesto contemporáneo: la tiranía del bisturí y la cosmética sobre el pensamiento. Lejanas quedaban las fuerzas que separan los cuerpos de sí mismos, de los otros y del cosmos.

Cuando me vi nuevamente en la acera de la calle Yrjönkatu, me acordé de la mujer musulmana tapada de negro de pies a cabeza que había entrado conmigo. Todavía me pregunto cuál de todos aquellos cuerpos relucientes habrá sido el suyo.

Nota

*En finlandés, nombra el conjunto de espacios que hacen parte del ritual del baño.

palomaperez@ume.net.co

Profesora de la Universidad de Antioquia.



Un solitario extremo

Eduardo Escobar

El amor a la soledad como privilegio llevó a muchos hombres sensibles a recluirse en los desiertos en todo el mundo entre Villa de Leyva y los yermos sirios. A veces el aislamiento los extravió en visiones levantiscas de diablos sinuosos y sensualidades punibles, como cuentan que le sucedió a San Antonio, hasta cuando los monasterios aportaron una regla y la mutua vigilancia entre los hermanos para evitar los riesgos del delirio. La historia humana ha sido en cierto modo a pesar de las grandes aglomeraciones y la inclinación a los tumultos un profundizar en la soledad. Ahora se llama derecho a la intimidad. Los poetas del romanticismo decadente hicieron de la soledad un tema que a veces rondó los límites de la proscripción y el desprecio. Soledades asumidas u obligatorias de tarados, hipersensibles o simples neuróticos.

El siglo XX produjo monstruos que bien podrían ser repeticiones, siguiendo la tentación de la fe en el eterno retorno, de los monstruos que ocuparon la pluma de Heródoto. Pol Pot, Stalin, Mao y los campos de concentración, tienen un aire de familiaridad que nos conecta con la bestia de las primeras ciudades de los sacrificios infantiles o con los tiranos enloquecidos de la Roma de los emperadores vestidos de trajes impregnados en múrce e intoxicados con el plomo de sus cráteras, que se enamoraban de la Luna y nombraban cónsules a sus caballos. Sin embargo, también contó entre sus protagonistas algunos personajes que le dan un toque



de singularidad y empeoran la lástima inevitable por la vida de los hombres, mamíferos descen-
trados, cuya vida transcurre entre desórdenes mientras buscan armonías, encuentran el ruido persiguiendo la música y son desvividos por el empeño de enjaular el caos aparente en teorías sin fisuras ni contradicciones.

El siglo produjo solitarios ejemplares en la historia de la soledad. Como Howard Hughes, el multimillonario yanqui que acabó vestido con pañales en una urna de vidrio instalada en el último piso de un hotel de cinco estrellas, viendo películas de vaqueros y huyendo de los otros, en la suposición de que podían contagiarle enfermedades. Hughes tuvo tiempo de ser un hombre de negocios exitoso en toda clase de industrias lícitas e inocentes y escandalosas en el peor de los demonios. Entre las industrias de la entretención y las de la guerra se movió con la misma facilidad. Eso le permitió acostarse con las mujeres más hermosas de su tiempo y lo hizo digno de recibir todos los honores. Hasta cuando fue poseído

por el miedo de contaminarse en el contacto rutinario y en los tratos amorosos con los otros.

El siglo XX demostrando su capacidad de inventiva a veces forzó a algunos a la experiencia de una soledad ignominiosa. Hughes se castigó a sí mismo huyendo de las caricias ajenas. Rudolf Hess en cambio fue obligado a los espantos de una soledad que lo convirtió en una rareza en la crónica de la política moderna. Preso durante cuarenta años largos, de los cuales veinte contó para él solo con piquetes de guardias de tres nacionalidades distintas, lo cual costaba sumas millonarias a sus carceleros, aislado en una cárcel para 600 personas. Un enorme organismo de cocineros, burócratas, soldados rasos y oficiales guardaba en Spandau a un hombre deprimido, viejo prematuro, a quien se le prohibía llevar calcetines en invierno, tan solo como un hombre puede estar a pesar de la batería de verdugos. Le quitaban los anteojos a las diez de la noche, le contaban los 1500 pasos que se le permitían cada día con un cuentapisos

atado a una pierna, apenas se le dejaba escribir, apenas se le dejaba leer, apenas podía hablar. El hombre debía ser dueño de un secreto espantoso.

No es preciso repetir la historia. Hay una biblioteca de libros sobre el tema cada uno de los cuales complica peor la anécdota macabra. Algunos consideraron como una injusticia impropia de una sociedad civilizada la saña de la que se hizo víctima al lugarteniente de Hitler aun contando con su responsabilidad en el horror nacionalsocialista, pero fueron incapaces de poner en funcionamiento a las altas instancias norteamericanas, inglesas y soviéticas que le podían devolver la libertad cuando ya era un hombre casi centenario aquejado por los males de la artritis y los maltratos. Gringos, rusos e ingleses después de su asesinato o su suicidio, pues su muerte también está rodeada de misterios, esquivaron la culpa. Pero eso no importa. Ni importa que los británicos hayan encarcelado a un alto oficial alemán enviado a Inglaterra con la misión de parar una carnicería. Inglaterra y Churchill tenían otros proyectos: pulverizar a Europa hasta los cimientos para reconstruirla con la ayuda de sus banqueros. Los negocios son los negocios. Churchill en su *Historia de la Segunda Guerra Mundial* manifestó no ser responsable de la manera como se trató a Hess, un enviado de paz que voló hasta Escocia en un vuelo nocturno y solitario para detener una masacre. Pero los políticos suelen mentir y sólo dicen la verdad, a veces, cuando se les obliga en los tribunales, jamás en sus memorias.

Hess fue reducido a una soledad incomparable en la cual le estaba prohibido hablar a solas con nadie y hasta recibir una pastilla de chocolate de su esposa. La soledad que debió sufrir,

temiendo que su carcelero ruso lo asesinará, es incomparable. Durante la Perestroika, Gorbachov tuvo un gesto de clemencia con el solitario de Spandau, como se le llamó, pero la señora Thatcher quizás para proteger los secretos inconfesables de la diplomacia de su país se negó a la liberación.

Hay una especie de soledad conectada con los deberes con los muertos. Pienso en la soledad de los cazadores de nazis apostados día y noche siguiendo en silencio los rastros de sus presas, auscultando su olor de lobos con un arma montada. Simon Wiesenthal, un arquitecto ucraniano muerto a los 96 años después de entregar su vida con fervor místico a la cacería de los jefes del régimen de Hitler fugitivos por el mundo, siempre suscitó en mí una difusa compasión. Las miserias que le tocó sobrellevar después de perder a su padre en la Primera Guerra Mundial y a sus parientes y amigos en los campos de exterminio del nacionalsocialismo; sus padecimientos inenarrables causados en nombre de un prejuicio centenario convertido en frenesí criminal, trastornaron su vida en absurdo y le arrebataron la paz y el sosiego que quizás merecía.

Wiesenthal, para su desgracia, presumo, prolongó el horror de la guerra en su propia mente, arruinando sus días con nuevas fatigas en el papel del justiciero. Del acosador perfecto. Del que acecha entre el deber de la justicia que anhelaba y los placeres sombríos de la venganza que algunos llamaron divina y otros afirmaron que es dulce como la miel.

Wiesenthal siguió el rastro de miles de ancianos impotentes, hechuras y deshechos de los delirios de la razón romántica que hizo de Europa un campamento. Les contó los pasos sobre

las geografías y los años desde las punas de Bolivia, los sertones brasileiros y los suburbios de pequeñas ciudades francesas hasta los barrios de clase media de Buenos Aires. En todas partes donde olía un carnicero en retiro corría a buscarlo para conducirlo a la cadena perpetua o a una horca en Israel después de un juicio sin esperanza.

Las acciones de su juventud bárbara, enloquecida por un ideal malsano, merecieron la suerte de sus presas. Así es Némesis. Esto no quiere decir que uno desee para sí mismo la suerte de Wiesenthal o que admire el destino de este hebreo implacable. No se envidia el honor de los jueces que deben decidir las vidas de los otros, el oficio de los verdugos, ni el trono de los dioses encargados de castigar las transgresiones de los pobres mortales, proclives a cometer errores y a repetirlos.

Las nuevas teorías sobre el hombre ponen en entredicho las nociones pretenciosas de la libertad que fundamentaron muchas utopías religiosas y jurídicas hasta hoy. Y derribaron para siempre muchos espejismos arcaicos. Tal vez somos moldeados por misteriosas estructuras genéticas o por metáforas que unos días nos conducen a la filantropía y otros al salvajismo. Tal vez somos arrastrados por las ilusiones que nos hacemos sobre los seres y las cosas y el castigo del transgresor sólo refrenda una condición tortuosa de la cual parecemos incapaces de escapar.

Es entendible el trabajo que echó Wiesenthal sobre sus hombros como si fuera una restauración moral, emponzoñando su vida, porque es imposible una vida saludable desde el rencor. Pero también es preciso reconocer, más allá del asco que inspiran los hombres que cazaba, que tal vez fueron los reflejos odiosos

de nosotros mismos, y del mismo Wiesenthal. No hemos conseguido amansar al predador de las praderas de la prehistoria en nuestro laberinto de embelecios tecnológicos. Y escondemos mal la bestia en las liturgias de la cortesía y en códigos de apariencia benevolente.

Después de cada hazaña de Wiesenthal me preguntaba por qué ese hombre se negaba la purificación del perdón predicado por un profeta de su pueblo. Pero también me decía que es injusto exigirle un indulto heroico a uno que sufrió tanto. Una cosa es segura. Wiesenthal tenía derecho, después de padecer el infierno nazi a una existencia más reposada de la que se asignó en el papel antiguo del perseguidor después de ser perseguido. Pero por alguna razón prefirió unirse a la cadena perpetua de su obsesión.

Alguna vez había dicho que después de muerto le gustaría encontrarse con las víctimas del Holocausto y decirles: "Yo no olvidé". Wiesenthal aspiraba al agradecimiento imposible de los muertos. Y padeció el peor de los tormentos de los condenados, que es la incapacidad para olvidar. Hess, mientras tanto, aislado en Spandau, pudo darse el lujo de escapar al interés del arquitecto ucraniano.

eleonescobar@hotmail.com



Revista de poesía

ARQUITRAVE

Director
Harold Alvarado Tenorio
www.arquitrave.com

Ignacio Piedrahíta

Pocas cosas más fascinantes que un animal raro. La sola sospecha de que más allá de los perros y las vacas haya bestias escondidas en mundos inexpugnables, es una fantasía infantil de las más extremas. En esta época de la vida, el unicornio y el dragón, así como otros monstruos particulares, constituyen no sólo la esencia del misterio sino un reto esperanzador a una realidad que ya empieza a palidecer en manos de los profesores y del trato con los semejantes. Así mismo ocurría en la infancia de la modernidad. Hace mil años, públicos de todas las edades gozaban hojeando libros sobre colecciones de animales, voladores o de tierra, a quienes poco importaba que los ejemplares fueran reales o imaginarios. Tales libros eran los famosos bestiarios, colecciones que incluían todo tipo de seres vivos, entre más extravagantes mejor, incluso hasta rocas, elaborados primorosamente en la calma de los monasterios medievales para el disfrute de las gentes en general.

Desde Aristóteles y Plinio el Viejo se fue creando una curiosidad por los animales extraños, que para estos pensadores debían existir en Oriente y en el mítico país de Etiopía. Este conocimiento fue recogido por autores de la naciente Edad Media, para quienes el compendio de animales se convirtió en la manera de representar el “libro de la naturaleza”, escrito por Dios para instruir a los hombres. Obras como el *Physiologus*, con 50 descripciones de animales, así como el *Etymologiae*, de Isidoro de Sevilla, parcialmente dedica-

do a los animales, se encargaron de explotar este interés creado por los griegos en los primeros años del cristianismo. Se dice que estos nacientes libros sobre bestias llegaron a ser los *best-sellers* de la época, sin perder importancia por largo tiempo, en el que tuvieron oportunidad de nutrirse, cada vez más, del aspecto místico y espiritual hacia el animal, así como de las tradiciones populares, para llegar después del año mil a su estado más desarrollado.

Los bestiarios, aunque tenían texto en abundancia referente a la descripción de cada animal, el origen etimológico de su nombre y la alegoría cristiana que debía ser observada en cada uno, podían ser disfrutados por cultos e iletrados por igual, gracias a sus ilustraciones. Era en estas pequeñas obras donde yacía el encanto del libro, pues el artista no se privaba de usar allí su imaginación y hasta el humor, con la ironía que se desprende de estar justificado por fines didácticos. Muchos animales reales eran pintados en los bestiarios de manera irregular, porque los artistas simplemente no los conocían. Y otros, que eran imaginarios, atendían a las formas de la tradición para hacerse realidad en cada una de las iluminaciones, que era como se conocía a las ilustraciones de estos códices.

El bestiario, ya en su versión más acabada, modelo de gárgolas y grabados moralizantes, no tenía otra intención que “mejorar las mentes de la gente ordinaria, de manera tal que el alma percibiera físicamente lo que era difícil de atrapar con la imaginación”. Y la ilustración, naturalmente, sería la encargada de poner formas a esas palabras y fijarlas en la imaginación, para que lo que los hombres “tengan dificultad en comprender con sus oídos, lo perciban con sus ojos”.

Tales son las palabras tomadas de uno de los bestiarios más interesantes hallados en Inglaterra, el *Aberdeen*, que junto con el *Harley* datan del siglo XIII y son conservados como tesoros en bibliotecas del Viejo Mundo, hoy accesibles por internet.

Vale la pena pasar la mirada por algunas de sus encantadoras bestias, como el Anphivena, una lagartija o serpiente con dos cabezas, “como si no fuera suficiente el veneno que saliera por una sola”, según Plinio, “cuyos ojos brillan como lámparas y, diferente a otras serpientes, sale cuando hace frío”, según Isidoro, y que en el bestiario de Aberdeen aparece como “de piel brillante” y con un par de alas emplumadas y hasta garras, de las que antes carecía. Está el famoso basilisco, símbolo hoy de una persona airada gracias a que este mata con sólo mirar, cualidad que le atribuye Lucano desde el siglo I, y que confirma Plinio, quien agrega que esta “serpiente, con el solo aliento mata los arbustos y estalla las piedras”. Ya en el bestiario *Aberdeen*, el basilisco aparece con cuerpo de pollo y cola de serpiente, subyugado por el único animal que le puede hacer frente, la comadreja, que lo acogota trepando sobre su espalda.

El bestiario no ha muerto, porque no lo ha hecho la fascinación del hombre por los animales extraños. Da Vinci tomó el relevo en el Renacimiento, y en toda época posterior se han seguido invocando las bestias. Borges tiene su bestiario, y con ese nombre bautizó Cortázar su primer libro de cuentos. Y los pintores, que desde la época de las cavernas los consignaron sobre la roca, tienen entre otros a Francisco Toledo como uno de sus continuadores contemporáneos. De las películas ni hablar, pues todos los días salen nuevos inventos de

faunas inimaginadas. Sin embargo, quizá las bestias más curiosas y que con mayor intensidad marquen nuestra época, sean los extraterrestres, habitantes de selvas interestelares, que como pocos gozan de la promesa de existir en algún lugar remoto y de algún día presentarse en la Tierra para ver cómo han sido imaginados.

agromena@gmail.com



Locomotoras

Claudia Ivonne Giraldo

...Desde entonces el alma del difunto maquinista se manifiesta, todas las noches, con el paso del tren que no es real, que no puede verse ni tocarse; sólo se escucha su ruido infernal y se percibe la sensación de un viento helado que deja al pasar...

Luis Fernando Correa, “El tren de Ochopelos”

En la era de la velocidad la imagen de una locomotora que se desliza lentamente por la carrilera es apenas una añoranza y una estampa, acaso un juguete que nunca nos dieron y el paseo que nunca será. En Colombia quedan tan pocas que muchos no las alcanzamos; nos dejó el tren sin empacar maletas. Entre los que aún quedan hay uno, el de la Sabana, que aún ofrece un viaje a los nostálgicos, un viaje que debe ser lento y hermoso.

Hubo un tiempo en el que este país estuvo comunicado por tortuosas carrileras. Por ellas, a 45 kilómetros por hora se deslizaban los ferrocarriles con sus carros de pasajeros y de carga empujados por las locomotoras. Tal vez el demiurgo invisible se

divertía observándolos discurrir desde cualquier montaña, como el niño que juega con su tren de hojalata en la sala de su casa.

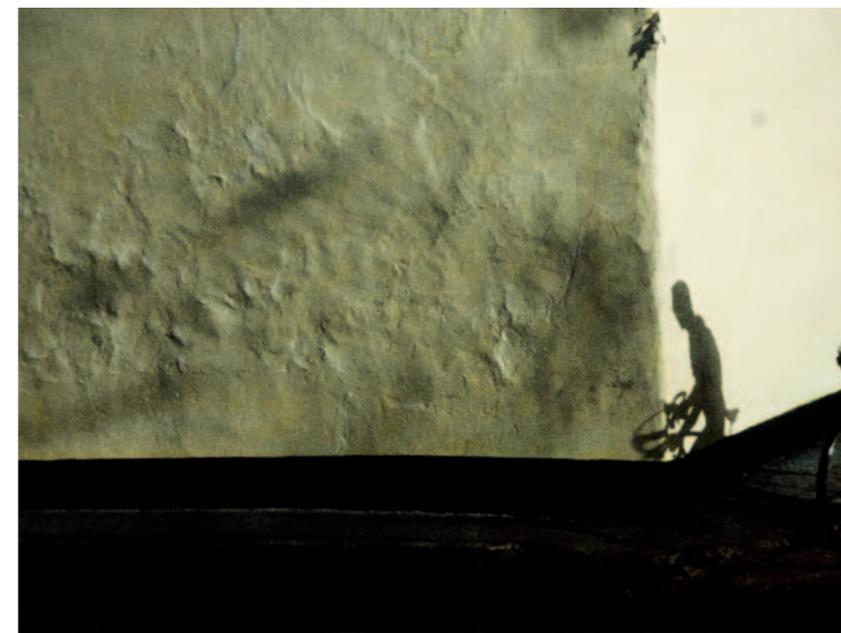
Otros, menos poderosos y más oscuros, jugaron un día al monopolio y decidieron que lo que había funcionado bien hasta entonces debía dar paso al adelanto de la carretera y los camiones de carga. Los trenes se volvieron fantasmas en las tierras en donde antes habían sido epítome del progreso. Desoladas, las estaciones antes vivas y febriles, son mojones de un pasado sin memorias y sin escribanos, como sepulturas de grandes saurios, como tristes casas viejas. Unas han sido restauradas con amoroso interés, el interés del arqueólogo. Otras se derrumban ante la indiferencia oficial.

Muchos pueblos que hoy son puertos de camioneros nacieron como estaciones de tren, parada obligatoria de los viajeros. Otras estaciones fueron desde el principio, glamorosas: *Bajo el cielo antioqueño*, la película de 1924 de don Gonzalo Mejía, es un testimonio de la importancia que tenía la Estación Cisneros para los medellinenses: la gente

que viajaba en primera clase iba muy arreglada; viajar era entonces un gran privilegio y se sabía que quienes se dirigían en tren a Puerto Berrío, embarcaban luego con seguridad por el Magdalena hasta el mar, hacia Europa. La gente se daba tono, la estación era la gran pasarela de nuestra alta sociedad emuladora.

En un bellissimo libro que acaba de editar la Universidad Eafit, *Carrileras y locomotoras* de Gabriel Poveda Ramos, el ingeniero que sabe de lo que habla, cuenta la gesta magnífica que tuvieron que emprender no sólo los gobiernos —a quienes de paso timaron falsos empresarios extranjeros mil y una vez— sino los ingenieros foráneos y nacionales, y los trabajadores que abrieron montes y selvas para que el caballo de hierro comunicara ciudades y poblados. Enfrentaron al enjambre de alimañas de la tierra caliente, los lodazales, los fríos y abismos de espanto de nuestras tierras altas. Cuenta el doctor Poveda que se decía entonces que debajo de cada polín del ferrocarril había sepultado un hombre.

Tanta sangre y esfuerzo no fueron en vano; los ferrocarriles



abrieron las puertas de la modernidad y del desarrollo a una nación que ponía todos sus haberes en el oro. Así, el café y el banano se convirtieron en nuestras principales divisas, y la gente, cada vez más gente, pudo viajar por el país, conocerlo, degustarlo.

Cabe imaginar el viaje en tren por lo que hoy son los terrenos de la Siria, en el Suroeste antioqueño: las hermosas estaciones San Julián, Palomos, San José, Camilo C. que todavía están en pie; el clima y los farallones, el terreno sembrado de rocas enormes. El asiento del tren, duro e incómodo tal vez, era palco privilegiado para tan formidable espectáculo: una tierra mítica y misteriosa de montañas como pirámides de piedra. Por allí se movió el oro de las minas del Zancudo desde Titiribí y el carbón de Amagá. Las fotografías muestran en múltiples instantes, la felicidad y el orgullo de la gente vestida para la ocasión al arribo de la locomotora, a la espera del viaje, en las inauguraciones de las estaciones del tren, en las fiestas patrias.

Podría hablarse, pues, de la fugaz era de los ferrocarriles. Hoy, a las vías les robaron los polines, las desrielaron... las olvidaron. Sin embargo los ferrocarriles fueron definitivos en nuestra historia. En torno a ellos giró, por más de un siglo, la vida del país. Hoy nos convendrían las locomotoras y no simplemente por un empeño nostálgico: un aparato de transporte colectivo que se desplaza a campo abierto, sobre rieles, bajo un túnel imposible, no sólo representa otras posibilidades para nuestra economía, la monda y lironda del peso y las divisas, sino para esa otra, en la que se balancean nuestros más hondos pensamientos, los malabares de la loca de la casa que se asfixia a veces, encerrada. A la ciudad le convendría

ahora un poco de locomotora y un pitido lejano, ese trencito de los sueños que se quedó grabado en la memoria y que se vuelve anhelo de viaje, ansias de escape.

claudiaivonne09@gmail.com



Pensar el cómic, dibujándolo

Sobre la obra de Scott McCloud

Álvaro Vélez

Dentro del universo de las historietas es posible encontrar casi de todo, como se supone debe ser en una manifestación artística que se respete. Hay diferentes autores, historias para muchos gustos y edades, y un gran número de estéticas y formas de narrar con una secuencia de dibujos. Después de más de cien años de la aparición del cómic moderno, hemos presenciado, sobre todo en estas últimas tres décadas, una explosión de temáticas y estéticas que ya no pueden circunscribir la historieta sólo a la lectura infantil —o a la etapa de la adolescencia—. Dentro de esa variedad de cosas que se dicen en el cómic, además de las narraciones de ficción cortas, de las tiras dibujadas de humor o aventura, de los reportajes periodísticos, o de las novelas gráficas, también cabe el ensayo, uno de cuyos máximos exponentes es Scott McCloud (Estados Unidos, 1960).

Existe una significativa bibliografía acerca del lenguaje, la historia, los autores y estéticas en el cómic. Investigadores como Javier Coma, Oscar Massota, Román Gubern, Daniele Barbieri,

Juan Acevedo o Umberto Eco, por mencionar tan sólo a algunos de la tradición latina, han intentado acercarse a la narración dibujada para analizar su potencia como manifestación artística y, al mismo tiempo, como medio de comunicación. Pero uno de los autores a quien más se recurre, a la hora de entender un poco de qué se trata todo eso de dibujar en viñetas, es al ya clásico libro de Will Eisner *El cómic y el arte secuencial*, viejo vademécum para todo dibujante novel o profesional del oficio.

Sin embargo, y a pesar de ese significativo conjunto de investigaciones escritas, hasta hace poco no se había visto un ensayo sobre el mundo de la historieta tan apasionante, tan completo y esclarecedor como el que presenta Scott McCloud en su trilogía de libros *Understanding Comics*, *Reinventing Comics* y *Making Comics*. Con estas tres obras este norteamericano ha logrado recoger casi todo lo que se puede decir sobre las historietas, hasta el sol de hoy.

En *Understanding Comics* (Harper Perennial, 1993), McCloud ubica primero los objetos en su lugar y hace un estado de las cosas: nos habla de la historia del arte secuencial y nos explica los hilos que mueven la manifestación, varios asuntos sobre la estética y el contenido en la historieta, y nos revela a muchos lectores, después de varias páginas de sustentación, esa esquivada y siempre variante definición de lo que realmente es la historieta. En *Reinventing Comics* (en español *La Revolución de los Cómic*, Editorial Norma, 2001), lo que hace McCloud es hablarnos de los enormes cambios que ha estado experimentando la historieta en las últimas décadas: el cómic de autor, los cambios en el negocio de las historietas gracias a la llegada de la internet y de

los procesos de edición digital, la ampliación de contenidos y de autores —ahora las mujeres, otras culturas y etnias dibujan y leen más historietas—, y la diversificación de los géneros más allá del simple y mediocre cómic de superhéroes. De esas revoluciones en la historieta habla McCloud, en un libro que en buena parte es muy optimista acerca del futuro de la manifestación. Y, finalmente, en *Making Comics* (Harper Perennial, 2006), el autor nos introduce en la anatomía misma de la historieta: el dibujo, lo que se escribe, la estética, el estilo, las formas y trucos para narrar en secuencias dibujadas.

Lo más singular que tienen estos tres libros es que son verdaderos tratados sobre el cómic, pero dibujados. McCloud utiliza la historieta para hablar sobre ella misma. Estamos entonces frente a tres ensayos sobre teoría del cómic hechos con el mismísimo cómic. A diferencia de muchos contemporáneos suyos, McCloud dibuja con una tabla y lápiz electrónico; desde *Understanding Comics* se vale de esta nueva forma de dibujar, directamente en la pantalla, para ahorrar tiempo a la hora de presentar sus historietas, pero eso no le quita para nada validez a la obra. De hecho, Scott McCloud no sólo es un dibujante de ensayos en historieta; son bastante conocidas las obras que realizó antes de escribir esta trilogía teórica, como su historieta *Zot!* y la obra *Destroy!*, que son parodias del mundo de los cómics de superhéroes.

Como toda obra teórica que se respete, en la trilogía de McCloud hay un sinnúmero de referentes de obras y autores de los cuales se vale el ensayista para sustentar sus afirmaciones. Autores como Jim Woodring, Art Spiegelman, los hermanos Hernández, Will Eisner, Milton

Caniff, George Herriman, Harvey Perkar, entre muchos otros, aparecen en la obra de McCloud en viñetas que muestran parte de su trabajo. Es entonces esta trilogía también un referente importante para conocer nuevos y clásicos autores de las historietas.

McCloud no desfallece en su intento por revelar nuevos horizontes en el cómic, por ensanchar los límites de la historieta; por eso, y además de su trilogía de ensayos, también se le puede seguir en la internet (www.scott-mccloud.com). Desde su portal virtual, McCloud ha impulsado el desarrollo de historietas en diferentes formatos, dentro de ese infinito libro que es internet, más allá del típico montaje para obras en papel. Además, ha sido gestor de experimentos y ejercicios alrededor de la historieta, que han tenido acogida a nivel mundial, como su ya famoso experimento del cómic en veinticuatro horas, en donde se trata de dibujar una historieta de veinticuatro páginas (o quizás menos, para quienes no son tan escandalosamente rápidos) en el mismo número de horas.

Con esta trilogía de ensayos en cómic y con su permanente estudio del arte secuencial, en su portal web Scott McCloud ha regalado a los dibujantes de historietas un horizonte más, nos ha permitido mirar un poco más allá de las tradicionales fronteras, hemos subido un nuevo escalón para intentar mejorar nuestro lenguaje e ir un paso más adelante de aquello a lo que, hasta hace unas décadas, nos tenían acostumbrados en la narración dibujada.

truchafrita@hotmail.com

Profesor de la Universidad de Antioquia.



La obligación de comer

Luis Fernando Mejía

Sentir hambre es un asunto común entre los animales, incluidos los indefensos humanos. Eso de estar comiendo todo el día, incluso en la noche, no deja de ser un inconveniente y, además, la prueba reina de lo imperfecta que resultó la creación del Universo con un montón de seres vivos esclavos de sus necesidades alimentarias. Excluyendo a las poblaciones más pobres, ya muy identificadas, la gente se la pasa engullendo todo lo que compone el reino animal, vegetal y mineral. Por eso los cerdos no escapan a la zozobra, luego de superada, aparentemente, la antropofagia.

La adicción al desayuno, al almuerzo, a la merienda, a la cena, al algo, a la mediamañana, y a los mecatos a cualquier hora producen escenas lamentables. Un señor con un gorro blanco y delantal que siempre aparece en televisión explicando exhaustivamente cómo se revuelve en una cacerola un huevo de una ánima gallina. Un gordito consultando a todos los especialistas médicos para controlar indefinibles achaques pero pensando en la próxima bandeja paisa. Un flaco sudoroso y engreído moviendo su cuerpo dizque para botar la grasa. Una flaca haciendo lo mismo pero custodiada por un hombre obeso. Un triunfador que trabaja en Estados Unidos pero que vino a pasar vacaciones al país y a devorarse todo lo que se mueva mientras cuenta sus proezas. Un pelo huérfano de individuo desconocido naufragando en un plato de frijoles. Cien niños de una escuelita popular intoxicados por ingerir arroz con

pedazos de pollos muertos hace bastante rato. En fin, cualquiera puede añadir imágenes deplorables derivadas del acto de comer.

Urge eliminar la necesidad de consumir alimentos y darle la bienvenida a la abolición del hambre. Se acabaría, además, el tema de indigestión estomacal, y el aparato intestinal se podría cortar de tajo mientras la evolución natural se encarga de atrofiarlo y dejarlo en su mínima expresión como la inútil tetilla de los hombres. Se reduciría un porcentaje elevado de especuladores de víveres, en un primer momento, hasta concluir con su

tendrían cocinas ni sanitarios, por lo que se podrían construir masivamente viviendas de menor costo y más funcionales. El pecado capital de la gula pasaría a ser una curiosa pieza de museo, y el infierno, obviamente, se descongestionaría. Los conversadores ya no hablarían con la boca llena.

No hay duda, la dependencia a los alimentos lícitos es absolutamente problemática, tanto para los que están en capacidad de adquirirlos como para los que dicha posibilidad es simple azar. Es saludable imaginarse un ser vivo que se baste a sí mismo hasta que se agote incorporando su



extinción. El dinero rendiría mucho más, pues ya no iría a manos de los negociantes de las tiendas y supermercados. A nadie lo despertaría una gastritis. Los libros de etiqueta serían más pequeños sin los capítulos consagrados a los buenos y engorrosos modales en la mesa. No se organizarían banquetes para exhibir o aparentar grandes fortunas. En las guerras los combatientes no se distraerían buscando comida para reponer energías, sino que se dedicarían a disparar sin tregua y las contiendas terminarían más pronto. Las casas no

inanimada existencia al mundo sorprendente de la naturaleza. Seres, si acaso, alimentados por la luz solar o, por qué no, por el calor humano. Serían absolutamente imprevisibles los cambios culturales que tal circunstancia generaría, cuando sólo bastaría un sueñito para recuperar la energía corporal. Evidentemente las razones para trabajar se reducirían al mínimo. Si acaso, laborar intensamente por un tiempo para garantizar un techo, y luego realizar algunas tareas para adquirir el vestuario y uno que otro adorno o lujo ajenos a

la lucha por la supervivencia. Por supuesto no faltarán los hiperactivos que no encuentran sosiego sino haciendo cosas aunque sean inútiles. Pero para estos sujetos se destinarían territorios especiales sin que perturben o contaminen a las personas normales. En general, con trabajar una hora a la semana sería suficiente para contribuir al desarrollo social y así nadie podría ser señalado de vago, aunque, inicialmente, el maltratado pecado capital de la pereza podría ensombrecer esta dicha de no hacer nada.

Estudiar para el trabajo sería un eslogan que rápidamente pasaría a la historia de las dolencias del ser humano. Se estudiaría para ser más libre y más creativo, no para ser esclavo de un oficio remunerado que apenas sirve para atender la urgencia constante de comer. Por supuesto, se podría pensar en darle un trato generoso al individuo que no quiera estudiar, si eso lo hace feliz y no afecta al prójimo. Ejemplos hay en la naturaleza de seres analfabetas absolutamente tranquilos y útiles, como las vacas, que cuando concluya la necesidad milenaria de comer servirían para enriquecer el paisaje mientras rumian la vida, como aconsejaba el maestro Estanislao Zuleta. Con tal de que los analfabetos no aspiren a la presidencia de un país no habría mucho que temer. Escenario complicado de evitar pues el hambre de poder queda pendiente de eliminar, sin que a la fecha nadie se atreva a insinuar una fórmula para sanar ese mal, francamente incómodo para alcanzar el bienestar general. No obstante, con la abolición de la necesidad de comer, probablemente se ampliaría la población bovina en la superficie de la tierra, con una sola amenaza: los amigos de las corridas de toros que sigan creyendo en el arte de matar.

Trabajar para comer, comer para trabajar, es el círculo vicioso a vencer. ¡Todos los inteligentes del mundo, uníos! ¡Abajo el sistema digestivo!

lfmejia@udea.edu.co



Los autores sí importan

Luis Fernando Afanador

El autor no importa, lo que importa es la obra. Eso era lo primero que le decían a uno al cruzar el umbral de la facultad de literatura. El texto como un mecanismo de significación autónomo. No el autor; el narrador. No el poeta; el yo poético. Me gustaba esa manera de aproximación a la literatura porque se oponía a la lectura con énfasis en el contenido que me habían tratado de inculcar —sin éxito, valga la aclaración— los grupos marxistas, tan en boga en los años setenta. Aunque, hay que reconocerlo, también en la facultad nos hacían leer a Luckas y a Goldman, ciertamente una versión más compleja y menos simplistas que la de los *maoístas salvajes*. Decía el camarada Mao: “Nuestro propósito es asegurar que la literatura y el arte encajen bien en el mecanismo general de la revolución, se conviertan en un arma poderosa para unir y educar al pueblo y para atacar y aniquilar al enemigo, y ayuden al pueblo a luchar con una misma voluntad contra el enemigo”.

Me sentía más afín con el formalismo (¿cómo no?); sus interpretaciones me parecían sugestivas, aunque detestaba esa horrible jerga con pretensiones

de lenguaje científico. ¿Por qué había que decirle “actante” a un personaje? ¿Por qué había que hablar tan feo para hablar de literatura? Nunca lo entendí; vivía peleando con mis profesores. Y aferrándome al único formalismo que me llenaba y que había descubierto por mi cuenta: el de Nabokov en su inolvidable *Curso de literatura europea*. ¡Qué maravilla su mapa de Dublín y el seguimiento de un hombre con un abrigo marrón por las páginas del *Ulises* de Joyce! Y su lectura de Madame Bovary, no en clave realista sino en clave fantástica. Los detalles, hay que amar los divinos detalles: las “grandes ideas” de las obras literarias hay que dejárselas a los filisteos, enseñaba el maestro en sus clases de Cornell, hasta que de allí lo rescató la fama y el dinero de *Lolita*. Hay que leer con un estremecimiento en la espina dorsal; todavía sigo siendo fiel a esa consigna.

Un día, como el muro de Berlín, las teorías cayeron sin necesidad de disparar. Con la ayuda de los mismos críticos, el Roland Barthes del final (*Fragmentos de un discurso amoroso*) se volvió un renegado; el Todorov de *Crítica de la crítica*, un parricida. Pero en mi universidad —ya me había convertido en profesor— no se enteraban. Cuando la abandoné, la nueva moda teórica eran (creo) “Los estudios culturales”.

Recapitulo, miro hacia atrás y pienso ahora que, salvo el maoísmo (Mao, nada te debo), algo positivo me dejaron las teorías, la crítica. Sus elementos de análisis son útiles siempre y cuando no se conviertan en un dogma y no sean excluyentes. Y no pierdan la perspectiva de la vida y de la sociedad. Leemos, interpretamos las obras literarias, para darle un mínimo sentido a nuestra fugaz existencia terrena.

Los autores sí importan. Los libros los hacen personas concretas. La biografía —anatema de marxistas y formalistas— puede ayudarnos a entender una obra. Me costó trabajo liberarme de ese prejuicio. Mientras me liberaba de esa represión, ejercí una pasión clandestina: el fetichismo de los lugares. Practiqué en secreto el fetichismo de visitar los lugares donde estuvieron los escritores que amo. Esa perversión alteró muchas veces los itinerarios —y el presupuesto— de los paseos familiares. Lo confieso, ya sin arrepentimiento: caminé por la rue de Seine para ver cómo esa calle sinuosa, antes de llegar al Quai de Conti, va enfocando y desenfocando la silueta de la Maga en el Pont des Arts; estuve en Palermo Chico buscando las huellas del primer Borges; en el restaurante La Biela a ver si algún mesero me decía cualquier cosa de Bioy Casares. Creí estar más cerca del oscuro Lezama por haber ido a su casa de Trocadero. ¿Cómo no sentir la intimidad de Robert Graves en el pueblo de Deyá? ¿A Pessoa en cualquier café del Chiado? ¿A Felisberto Hernández en las librerías del viejo Montevideo? Hice un viaje absurdo, el más absurdo que pueda imaginarse, a Illiers-Combray. Tan absurdo, que estuve allí sólo 25 minutos. Vi muy poco, pero eso me bastó: alcancé a comprobar que “Combray, de lejos, no era más que una iglesia que resumía la ciudad, la representaba y hablaba de ella y por ella a las lejanías”. Recorrer el camino inverso, de la obra a la vida, es constatar el grado de humanidad y de concreción que siempre tienen los libros que verdaderamente nos importan.

lfafanador@etb.net.co

